



EL ROL MEDIADOR DE EGIPTO EN PALESTINA DESDE EL SIGLO XX HASTA LA ACTUALIDAD

Nuria Tian Almena López

INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XX, Egipto ha desempeñado un papel central y constante como mediador en el conflicto entre Israel y Palestina. Su ubicación geográfica, su influencia política en los países árabes y su experiencia diplomática lo convierten en un actor clave en los intentos de pacificación, particularmente en las distintas crisis de Gaza. A partir de la firma del Tratado de Paz de 1979 con Israel, Egipto se consolidó como un intermediario estratégico entre las partes, asumiendo una función que combina intereses de seguridad nacional, legitimidad regional y cooperación internacional.

El papel de Egipto como mediador ha evolucionado en paralelo con los cambios en su política interna y con las transformaciones del orden regional. Durante la era de Hosni Mubarak, El Cairo ejerció una mediación tradicional y jerárquica, caracterizada por la búsqueda de estabilidad y el mantenimiento del *statu quo*. Tras la Primavera Árabe y la llegada al poder de Mohamed Morsi, surgieron cambios en el grado de afinidad con las facciones palestinas, especialmente con Hamas. Bajo el liderazgo de Abdel Fattah el-Sisi, la mediación egipcia ha retomado un tono más pragmático y securitizado, aunque condicionado por presiones económicas y por la competencia de nuevos actores como Qatar y Turquía.

EVOLUCIÓN DEL ROL MEDIADOR DE EGIPTO

Antes de 1979, Egipto había librado guerras con Israel en 1948, 1967 y 1973. En el último de estos conflictos, la llamada Guerra del Yom Kippur, El Cairo emprendió bajo el liderazgo de Anwar el-Sadat un giro estratégico hacia la diplomacia, favorecido por la mediación de Estados Unidos en los Acuerdos de Camp David. Egipto recuperó el Sinaí y redujo la posibilidad de una guerra contra un frente árabe unificado, pero no sin pagar un alto precio político. La consecuente pérdida temporal de su legitimidad dentro de los países árabes lo llevó a una década de aislamiento diplomático. Este reposicionamiento no solo transformó la política exterior egipcia, sino también su rol estructural en los mecanismos de mediación regional.

Su reintegración en Liga Árabe en 1989 supuso la recuperación de su liderazgo diplomático, convirtiéndose en un eje fundamental de los procesos multilaterales de paz, como la Conferencia de Madrid de 1991, en la que desempeñó un papel activo en el grupo de trabajo sobre control de armas y seguridad regional. Desde entonces, su mediación se articuló en torno a dos objetivos principales: garantizar la estabilidad fronteriza y preservar su papel de interlocutor entre los países árabes, Israel y Occidente. Durante las décadas siguientes, Egipto mantuvo una política de “paz fría” con Israel. Aunque las relaciones oficiales se normalizaron, el sentimiento popular egipcio siguió siendo mayoritariamente contrario a Israel, especialmente ante las continuas ofensivas en Gaza y la falta de avances en el reconocimiento del Estado palestino.

Desde comienzos del siglo XXI, las sucesivas crisis en Gaza consolidaron el rol de Egipto como mediador. Su proximidad geográfica al enclave, su control del paso fronterizo de Rafah y sus vínculos tanto con el liderazgo palestino como con Israel lo colocaron en una posición privilegiada para intervenir en crisis recurrentes (Oztuna, 2024). En los conflictos de 2008-2009, 2012 y 2014, Egipto actuó como el principal canal de comunicación indirecta entre Hamas e Israel, utilizando tácticas de diplomacia para lograr altos el fuego temporales y facilitar la entrada de ayuda humanitaria. Aunque sus mediaciones no resolvieron las causas estructurales del conflicto, evitaron mayores escaladas y

fortalecieron su reputación internacional. Sin embargo, la eficacia de su mediación se vio afectada por el ascenso y la caída de distintos regímenes en Egipto. Durante el mandato de Hosni Mubarak, El Cairo adoptó una postura conservadora, priorizando la estabilidad interna y la cooperación con Estados Unidos e Israel. Tras la Primavera Árabe y la llegada de Mohamed Morsi, vinculado a la Hermandad Musulmana, se observó un cambio discursivo y una mayor cercanía hacia Hamas, que comparte raíces ideológicas con dicho movimiento (Johannsen y Weidlich, 2014). Durante su breve gobierno, Egipto logró mediar con éxito el alto el fuego de noviembre de 2012, evidenciando una coyuntura excepcional de confianza mutua entre El Cairo y Gaza. Con la llegada al poder de Abdel Fattah el-Sisi, Egipto reorientó su política exterior hacia un enfoque más autoritario y securitizado. Aunque ha mantenido la cooperación con Israel, ha endurecido el control sobre el Sinaí y el paso de Rafah, justificándolo por razones de seguridad nacional. Aun así, Egipto ha continuado siendo el mediador principal en cada nuevo ciclo de violencia, como en la escalada de 2021 y el genocidio en curso desde 2023, en el que busca articular una mediación multilateral junto a Qatar.

FUNDAMENTOS CONCEPTUALES DE LA MEDIACIÓN Y LAS TÁCTICAS DIPLOMÁTICAS EGIPCAS

Para abordar el tema de la mediación, retomamos la definición propuesta por Jacob Bercovitch, Theodore Anagnoson y Donette Wille, quienes la conciben como un mecanismo de gestión de conflictos mediante el cual las partes involucradas solicitan la intervención de un tercero con el propósito de resolver sus desacuerdos sin recurrir a la fuerza física o a la autoridad de la ley. La particularidad de Egipto reside en que no actúa como un mediador neutral, sino como un mediador con intereses. Sus objetivos incluyen garantizar la seguridad de sus fronteras, mantener la estabilidad regional y consolidar su posición como actor central entre los países árabes. A diferencia de los mediadores multilaterales como las Naciones Unidas o potencias externas como Estados Unidos, Egipto posee una proximidad geográfica y cultural que le otorga una ventaja relacional. Al mismo tiempo, su seguridad nacional se ve directamente afectada por la inestabilidad en Gaza.

Oztuna (2024) distingue entre la mediación facilitativa, más adecuada cuando existe paridad de poder entre las partes, y la directiva, que se emplea cuando hay asimetrías marcadas. En el caso del conflicto palestino-israelí, donde el desequilibrio militar y político entre Israel y Palestina es evidente, Egipto ha tendido a adoptar una mediación directiva. Esto implica ejercer presión, condicionar el acceso humanitario a la cooperación política e incluso coordinar sus posturas con aliados externos, como Estados Unidos o Arabia Saudí.

Egipto ha utilizado una amplia gama de tácticas mediadoras, desde canales secretos de comunicación hasta reuniones multilaterales. Durante las guerras de Gaza de 2008-2009, 2012, 2014 y 2021, El Cairo desempeñó un rol de intermediario que viajó entre las partes, sin reunirlos cara a cara, para negociar términos de alto el fuego. Este enfoque, aunque limitado en sus resultados estructurales, permitió reducir las escaladas militares y facilitar treguas humanitarias. En 2008-2009, Egipto logró coordinar la primera gran tregua de la era post-Mubarak, enfocándose en detener la ofensiva israelí y en abrir corredores humanitarios. En 2012, bajo el gobierno de Mohamed Morsi, desempeñó un papel particularmente relevante en la región. El presidente contó con la confianza de Hamás y, al mismo tiempo, mantuvo relaciones diplomáticas con Israel y Estados Unidos. Este equilibrio temporal permitió a Egipto anunciar el alto el fuego del 21 de noviembre de 2012, un logro que reforzó la legitimidad de Morsi como interlocutor regional. En 2014, durante la operación israelí “Margen Protector”, Egipto volvió a asumir el liderazgo mediador, aunque en un entorno político distinto. Con el regreso del aparato militar al poder tras el derrocamiento de Morsi, la mediación adoptó un tono más autoritario y securitizado. El gobierno de Abdel Fattah el-Sisi buscó reafirmar su control sobre el Sinaí, restringiendo el acceso a Rafah y clausurando túneles hacia Gaza. Aun así, Egipto consiguió intermediar en una tregua en agosto de 2014, mostrando que, pese a la desconfianza de Hamas, seguía siendo el único actor árabe capaz de hablar con todas las partes.

LIMITACIONES ESTRUCTURALES Y LÓGICAS DE PODER

La experiencia egipcia muestra que su mediación tiende a generar resultados inmediatos (altos el fuego, intercambios de rehenes o acuerdos de acceso humanitario), pero raramente logra cambios estructurales. Esta dinámica se ilustra a través de dos ejemplos. Primero, la mediación del acuerdo de unidad Fatah-Hamas en 2011 reflejó el intento egipcio de restablecer la cohesión palestina. Aunque Egipto actuó como un “cuidador de intereses” (Johannsen y Weidlich, 2014), su éxito fue limitado. Egipto no reconoció plenamente al gobierno *de facto* de Hamas en Gaza, lo que llevó a que su papel fuese percibido como parcial, favoreciendo a la Autoridad Palestina. La falta de confianza mutua limitó el alcance del acuerdo, impidiendo que sus efectos se consolidaran en el tiempo. Segundo, el intercambio de prisioneros entre Israel y Hamas en octubre de 2011, que culminó con la liberación del soldado israelí Gilad Shalit, constituye un caso paradigmático de éxito táctico. Egipto logró obtener la aprobación simultánea de Israel, Hamas y Estados Unidos, actuando como mediador operativo. Esta intervención no alteró la estructura del conflicto, pero reafirmó la capacidad egipcia para producir resultados concretos sin comprometer su seguridad.

La eficacia de Egipto como mediador depende de múltiples variables: su credibilidad ante las partes, su capacidad para ofrecer incentivos o ejercer presión y la estabilidad de su propio sistema político. Como señala Oztuna (2024), el éxito de la mediación está condicionado por la relación de poder entre los actores y por la habilidad del mediador para recompensar o castigar conductas. En el caso de Egipto, su margen de maniobra se ve restringido por factores internos y externos. En el plano interno, los periodos de inestabilidad, especialmente tras 2011, afectaron la consistencia de su política exterior. Los cambios de régimen alteraron la percepción de su fiabilidad: mientras Hamas veía a Egipto con simpatía durante la era Morsi, lo percibió con desconfianza durante el mandato de Sisi. Además, la crisis económica estructural, marcada por inflación, devaluación y dependencia de la ayuda extranjera, ha obligado al gobierno a subordinar sus iniciativas diplomáticas a los intereses de sus financiadores regionales, como Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos. Por el otro lado, en el plano externo, la competencia con Qatar y Turquía ha

erosionado parcialmente el monopolio egipcio sobre la mediación palestina. Qatar, gracias a sus vínculos financieros con Hamas y su política de diplomacia blanda, ha ganado peso en las negociaciones más recientes, obligando a Egipto a aceptar una mediación compartida. En 2023, la Cumbre de la Paz de El Cairo, que reunió a 31 países y tres organizaciones internacionales, simbolizó un intento de Egipto por reafirmar su liderazgo mediante la cooperación multilateral con Qatar (Adachi, 2024).

Asimismo, la seguridad nacional egipcia constituye un factor relevante. Egipto considera que Gaza forma parte de su esfera de influencia política y securitaria y teme que un desplazamiento masivo de palestinos hacia el Sinaí pueda convertir su territorio en un foco de insurgencia o en una base de operaciones contra Israel. Por ello, el Gobierno egipcio ha rechazado de manera reiterada la reubicación de refugiados, mostrando el frágil equilibrio entre el compromiso humanitario y la preservación de la soberanía nacional.

DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS DE LA MEDIACIÓN EGIPCIA

El rol de Egipto como mediador en el conflicto palestino-israelí enfrenta hoy un conjunto de desafíos inéditos que afectan tanto su eficacia práctica como su legitimidad regional. Estos desafíos combinan factores internos, como limitaciones económicas y estabilidad política, con presiones externas derivadas de la dinámica regional y la competencia de otros mediadores.

En la mediación desde 2023 hasta la actualidad, uno de los desafíos estructurales más relevantes es la fragmentación del liderazgo en los Territorios Palestinos. La división entre Hamas en Gaza y la Autoridad Palestina en Cisjordania sigue siendo un obstáculo, ya que las negociaciones indirectas que Egipto puede facilitar no resuelven la falta de cohesión interna, limitando los efectos de cualquier acuerdo temporal. Otro desafío emergente es la competencia regional y global que supone la consolidación de vínculos financieros y políticos de Qatar y Turquía con Hamas, mientras que Israel mantiene canales directos con Estados Unidos y, en menor medida, con otros actores árabes. Esta multiplicidad de mediadores obliga a Egipto a coordinar su diplomacia con aliados externos, lo que reduce su autonomía y, en ocasiones,

diluye su autoridad simbólica (Adachi, 2024). Además, las tensiones internas en el Sinaí condicionan la capacidad egipcia de actuar libremente, dado que la presencia de grupos insurgentes y la amenaza de desbordamiento de Gaza llevan al gobierno a priorizar la seguridad fronteriza, tal como se señaló previamente. Por último, el apoyo financiero y diplomático de Estados Unidos y la Unión Europea, a menudo, sigue siendo esencial para la viabilidad de los acuerdos, generando una dependencia externa que limita la autonomía egipcia en el diseño de sus estrategias de mediación.

CONCLUSIONES

La trayectoria de Egipto como mediador en el conflicto palestino-israelí ofrece un caso complejo de estudio sobre diplomacia regional, legitimidad histórica y capacidad de adaptación ante desafíos contemporáneos. Podemos afirmar que Egipto ha logrado mantener su relevancia como mediador gracias a una legitimidad consolidada en décadas de interacción directa con Israel y los actores palestinos. Esta legitimidad se refleja en la confianza relativa de las partes y en el reconocimiento internacional de su papel como facilitador. La mediación egipcia también demuestra que la flexibilidad táctica y estratégica es crucial. Ante la fragmentación del liderazgo en los Territorios Palestinos y la multiplicidad de actores internacionales, Egipto ha adoptado estrategias indirectas, gestiona cese de fuegos temporales y combina incentivos económicos con presión diplomática. Este enfoque pone de relieve que la eficacia de la mediación no se sustenta únicamente en la fuerza política o militar, sino en la capacidad de adaptarse a un entorno dinámico y multifacético. Además, hemos señalado que la autonomía de Egipto en la mediación se encuentra supeditada a un marco en el que sus decisiones dependen tanto de actores internos como externos.

Por último, cabe destacar que el ascenso de mediadores alternativos, como Qatar y Turquía, sugiere que Egipto deberá transitar hacia un modelo de mediación cooperativa. Compartir espacios de influencia, coordinar esfuerzos y mantener canales de comunicación abiertos son estrategias necesarias para conservar relevancia y credibilidad. Esto implica reconocer que la mediación ya

no puede ser unilateral, sino que debe integrarse dentro de un ecosistema diplomático regional más amplio.

REFERENCIAS

Adachi, Y. (2024): *Competition vs. Cooperation in Multilateral Mediation: Exploring the transition in Egypt and Qatar's mediation tactics in the Israeli-Palestinian conflict*, Austria, Central European University, pp. 1-52

Johannsen, M. y C. Weidlich (2014): "Conflict Mediation in the Middle East: Lessons from Egypt as a Mediator and Object of Mediation", *Academic Peace Orchestra Middle East*, 36, pp. 1-12

Oztuna, A. (2024): "An Analytical Study of the Evolving Role of Third-Party Mediators in International Conflicts: A Comparative Examination of Diplomatic Interventions", *International Journal of Scientific Research in Humanities Legal Studies and International Relations*, 8(1), pp. 155-172

